La hipótesis de la Atlántida y el origen vasco*

(The hypothesis on Atlantis and Basque origins)

Cruzalegui, Juan León

BIBLID [1136-6834 (1998), 11, 7-24]

Juan León Cruzalegui rememora el misterio de la Atlántida, una isla que, según Platón, habría sido devorada por las aguas del mar. Se contemplan varias hipótesis en las que aparecen los egipcios, los mexicanos, los australianos y los americanos. El origen atlántide de los vascos es más más que dudoso. Queda aún mucho por saber sobre los movimientos migratorios de los pueblos primitivos.

Juan León Cruzaleguik Atlantidaren misteroa oroitarazten du, hots, Platonen dioenez itsasoko urek suntsitu zuten uharte hura. Egiptoarrak, mexikarriak, australiarrak eta amerikarrak agertzen diren hainbat hipotesi begiztatzen dira. Alabaina, euskaldunen atlantiar jatorria guztiz zalantzan jartzekoa da. Gauza asko jakiteko baita antzinako herrien migrazio-mugimenduei buruz.

Juan León Cruzalegui revient sur le mystère de l'Atlantide, cetté île qui selon Platon, aurait été engloutie dans la mer. Il envisage plusieurs hypothèses où se retrouvent les peuples égyptien, mexicain, australien et américain. L'origine atlante des Basques est plus que douteuse. Il y a encore des progrès à faire dans la connaissance des vicissitudes migratoires des peuples primitifs.

* Fondo José Miguel de Barandiarán: "Intxausti-Baita", Ustaritz.

VIIème Congrès d'Etudes Basques = Eusko Ikaskuntzaren VII. Kongresua = VII Congreso de Estudios Vascos (7. 1948. Biarritz). – Donostia : Eusko Ikaskuntza, 2003. – P. 135-139. – ISBN: 84-8419-931-2.

La versión platónica viene a vincular, cuando menos en la mente de los atlantólogos, a los pueblos más remotos de Europa, Norte de Africa, el Cercano Oriente, las Antillas y América Central y Amazónica, y, desde luego, no podía faltar en esta dilatada familia prehistórica la presencia euskeldun como residuo de una colonia de los atlantes en el Norte de la península Ibérica, así como en el Sur existieron los tartesios. También nos muestran los atlantólogos a los guanches como representantes legítimos originarios de la Atlántida.

Al tocar temas raciales, emerge de la nebulosa de los orígenes el problema de la diferenciación de color de los pueblos, sus distintas configuraciones craneanas, las distintas idiomáticas, las costumbres opuestas y las características disímiles de sus utensilios de trabajo y ornato personal. Pero ninguno de estos aspectos que pueden distinguir a su pueblo emparentándolo con otro, resuelve el enigma del origen de los más apartados pobladores nómadas en las más opuestas latitudes de la tierra. La división y subdivisión de razas resulta, pues, arbitraria en cuanto trata de alcanzar clasificaciones que se pierden en el misterio del resurgimiento mismo del hombre. El espacio y el tiempo nos interrogan siempre en materia de orígenes. ¿A cuántos años de nosotros sitúan los atlantólogos a la hipotética isla, archipiélago o continente de los atlantes? ¿Y qué es lo que distingue física, fonética y plásticamente a la supuesta raza?

La Atlántida fue descrita por Platón en sus diálogos, valiéndose, al parecer, de las versiones que recogieron y dejaron los sacerdotes de la ciudad de Sais en el delta del Nilo, y cuyo contacto con los más antiguos atenienses es probable que hubiera sido una realidad. Mas esta versión tradicional y legendaria, mantenida durante milenios hasta la época de los sacerdotes de Sais, que datan unos tres mil años de nuestros días, es por sí sola una laguna casi insalvable para la investigación, pues se supone que la Atlántida existió allá hace unos 8.000 a 6.000 años de la época de dichos sacerdotes. De tal suerte, nos remontamos a un período que, según definición clásica de los etnólogos y arqueólogos, lo reconocemos con la denominación de período epipaleolítico o más concretamente aziliense o tardenoisiense, época del desarrollo de la humanidad muy oscura para el estudio, como toda etapa de transición en que se incuban cambios y transformaciones. Al pasar por esa fase velada desde el paleolítico superior al neolítico, nos encontramos con el evidente avance que representa el perfeccionamiento de los útiles para la caza y sus derivados. A nuestro juicio, sin que con esto queramos abogar por una concepción materialista de la trayectoria humana desde sus orígenes, los efectos de una técnica aplicada a la industria ha repercutido de tal forma en la formación del hombre desde la más remota lejanía, que le inducen a abandonar sus más añejas formas de vida, adaptándose a gustos y trasiegos que acaban por oscurecerle su cultura aborigen. Empero, las raíces de estas culturas, aparentemente anuladas, surgen aquí y allí como brotes de algo imperecedero que se halla arraigado en la esencia misma de lo absoluto y que late siempre en el alma humana, sin que el ser sepa explicárselo. En este substrato humano en que el hombre dejó alguna huella que el tiempo no ha podido borrar, excava el afán de conocimiento con rigor y paciencia.

A través de la bella sugerencia platónica, adornada de imágenes poéticas, cual corresponde al feliz continente poblado por una raza capaz de las mayores proezas y creaciones, con vena de artistas y matemáticos, vemos a los atlantes disfrutando de una vida paradisíaca en un edén de clima plácido bajo la sombra de los manzanos de oro (naranjos), irradiando a la vez la plenitud de su vida fértil hacia oriente y occidente; pero también los vemos, si nos atenemos a sus panegiristas, barbilampiños unas veces y barbudos otras, unas veces de piel cetrina y otras rojiza; hasta las facciones de las enormes efigies de la isla de Pascua sirven de referencia en la variada mezcolanza del acervo atlantólogo. No hemos podido formarnos con estas lecturas de los atlantólogos una idea del propio atlante. Se le asocia a cualquier indicio folklórico o cultural que provenga de esa larga etapa de la piedra pulimentada.

Nuestros conocimientos geológicos y prehistóricos, aunque desde luego sigan ofreciéndonos dudas respecto a múltiples problemas, nos desmienten con bastante precisión la veracidad de la referencia platónica.

Los atlantólogos esgrimen, empero, como argumento básico de sus teorías, el de la gran semejanza que ofrecen las referencias de diluvios allende y aquende el océano Atlántico, con alusión unánime al arca salvadora en que las familias supervivientes escaparon a las iras del castigo de los dioses. También abundan en citas de cataclismos geológicos como consecuencia del acercamiento de algún cometa como el de Haley y la consiguiente alteración del orden cósmico en nuestro sistema solar. De tal suerte, sucumbe la Atlántida sumergiéndose en el fondo del océano. Estos fenómenos darían lugar a creencias y mitos que plasmarían, en figuras monstruosas de dragones con sus enormes lenguas de fuego a la manera del heren-suge de la mitología euskara. No es probable que semejantes leyendas de gigantescos reptiles plasmaran en la mente humana a través del nexo del hombre o subhombre con el período jurásico, en el cual tienen asiento las especies de los grandes saurios, ya que dicho período se remonta a cientos de miles de años de la época cuaternaria, en que aparece el hombre, y dichas especies sucumbieron mucho antes del nacimiento del hombre o aun del subhombre que pudiera provenir del final de la época terciaria. Nadie niega la posibilidad de catástrofes geológicas o diluviales como la que cita la Biblia y otras anteriores.

Los monumentos megalíticos que nos sitúan en la segunda mitad de la época neolítica, son otro enigma respecto al pueblo que los introdujo en Europa. Claro está, los atlantólogos los hacen proceder de la Atlántida. Su aparición por el extremo del oeste europeo da pie a la creencia de su origen occidental. Pero los enormes monumentos megalíticos, a cuyo período algunos autores denominan como el período de la cultura heliolítica, vinculándola a la práctica de la adoración del sol, no nos da luz alguna acerca de las causas que pudieron dar origen a la erección de tales monumentos y menos acerca del pueblo que los extendió tan ampliamente. No se sabe gran cosa referente a la cultura que pudo desarrollarse en torno a tales construcciones, es decir, cuál era el estado de ideas y costumbres de la Europa occidental de aquella época. Después, las culturas más conocidas del cercano Oriente se extendieron al continente Europeo y al Norte de Africa. Aun estando en la historia, Egipto se nos presenta con sus pirámides como una nebulosa que confirma la falta del nexo en nuestros conocimientos entre la época prehistórica y la histórica. Lo único averiguado en firme con la relación a la cultura egipcia, es que el pueblo hamita que durante siete milenios demostró una persistencia peculiar en su carácter étnico, era ya en el momento de su Epifanía histórica una mezcla de los elementos más dispares, incluso de pueblos nórdicos de naturaleza aria o indogermánica. Es de advertir que el pueblo hamita está vinculado a la cultura capsiense muy desarrollada, se pierde en el aziliense. En la edad neolítica, como señala también la ruta de los dólmenes, se percibe un movimiento que se extiende de Oeste a Este, desde el Sur de Francia y

España pasando por el Norte de Africa y la región septentrional del Sahara hasta llegar al Nilo y aun más allá. Después se da una contracorriente que parte del Este y que proviene de los pueblos semitas, cuyo movimiento deja huella en las formaciones del lenguaje; agrégase a esto la injerencia de elementos negroides.

En el movimiento de Este a Oeste pudiera encontrarse algún día indicios de la formación del pueblo vasco fusionándolos a las raíces anteriores del aziliense. Los vestigios de analogías lingüísticas entre el euskera y el accadio, principalmente en su morfología gramatical, ha merecido la atención de los especialistas. El etnólogo argentino Enrique de Gandía, en su utilísima síntesis respecto a nuestro origen, titulada *Orígenes Prearios del Vasco*, editada por la Editorial Vasca Ekin de Buenos Aires, recoge interesantes ejemplos de analogías entre el euskera y el accadio.

Volviendo a los egipcios, nos hallamos ante un punto de cierta seguridad de que éstos históricamente concebidos distan de ser, en el orden autóctono, un pueblo unitario como pretenden los atlantólogos al convertirlo en colonia proveniente de la Atlántida. Interesa subrayar el supuesto origen atlántico de los egipcios por razón de las aparentes analogías de sus obras arquitectónicas con las de México. Egipto, pese a la fusión de elementos heterogéneos en su gestación prehistórica, se nos presenta históricamente como un tipo social y cultural coherente, que se diferencia abiertamente de sus vecinos inmediatos. Las investigaciones antropológicas y filológicas no nos sacan del confusionismo existente en general respecto a la evolución de los pueblos, mas si se da una unidad social de pueblo, será ésta la que nos guíe acerca de su formación y constitución. Pues bien, aquí nos hallamos ante el problema de las rutas de orientación en la vida que siguen los pueblos, a saber: una la natural y otra la artificiosa. La orientación natural da una cultura circunscrita a un género de vida natural en consonancia con el mundo físico circundante. Contrariamente, la ruta artificiosa propende hacia la actividad civilizadora y creadora con un fuerte estilo propio. La relación de una cultura mantenida en contacto estrecho con la tierra se da en los pueblos montañeses como el vasco. De este género de cultura está ausente Egipto. El mundo circundante de éste, un tanto desértico, nos ofrece por vía natural los encantos o elementos invariables de la naturaleza, para la práctica de un género de vida persistente, de donde se colige que el hombre frente a tal circunstancia habrá de buscarlos o crearlos. A falta de la consistencia de sangre o raza o de un tipo peculiar etnográfico, es la fuerza plástica niveladora la que actúa como puntal de salvación frente a la diferenciación o descomposición, fuerza plástica que sirve de estímulo y unidad en ese oasis egipcio de civilización tan destacada en la antigüedad.

Egipto representa para la antigüedad en cierto orden, el mismo papel que América en la época moderna. Egipto fue la patria de la construcción monumental como Estados Unidos lo es para nuestros días. Una civilización sin grandes inquietudes internas se manifiesta de una manera mecánica y automática, en una especie de exaltación de las dimensiones al exterior no regulada por principios internos. Egipto traza sus ciudades de antemano con arreglo a un plan concebido de orden colonial, ya que no obedecen éstas a un crecimiento natural sino a un orden arquitectónico concebido matemáticamente.. Quiere esto decir que la formación egipcia ha surgido en el actual emplazamiento de Egipto por obra de una civilización de tipo racionalista, bajo la dirección técnica, como lo denota su arquitectura bien cimentada y calculada.

Ahora bien, estas dos circunstancias, la natural y la artificiosa, nos presentan el siguiente dilema: la natural no deja apenas huellas plásticas de su paso por la tierra, como sucede con la cultura vasca, pero ésta persiste; por otro lado, la artificiosa alcanza aspectos plásticos deslumbrantes, mas se detiene y comienza su caída vertical; fuera de la vida activa, sólo quedan como reliquias de museo sus restos arqueológicos con los epigramas y jeroglíficos indescifrables. Estos ordinariamente no encierran elevados ideales; cuando se alcanza a desentrañarlos, ofrecen un contenido relativamente pobre, contrariamente a cuanto se a fantaseado en torno del sentido profético de la obra egipcia y del sentido misterioso que se ha concedido a la disposición de las construcciones con sus subterráneos laberínticos y la posición de las piedras. Los hombres de este tipo de cultura no viven de su sangre sino de sus circunstancias.

A nuestro juicio, la llamada civilización occidental, pese al ardor de espiritualidad ultraterrena de los primeros siglos del cristianismo que la alimentó, no es sino el proceso de esta circunstancia artificiosa, al margen, por un lado, del naturalismo autóctono y, por otro, del espiritualismo en su esencia metafísica a la manera clásica o teológica. La pasividad y el sentido fatalista distingue a Oriente. En cambio Occidente, como Egipto y Roma, se nos muestra sumamente activo y materialmente previsor frente al destino, sin que este dinamismo occidental quiera decir que es más apto para la asimilación del sentimiento profundo de la vida en que el estatismo de Oriente se sumerge. Grecia se nos presenta a través del Renacimiento como imponiendo un viraje en la trayectoria cristiana del medioevo occidental, a tal extremo que el Occidente se ve estancado en esta crisis de nuestro humanismo actual.

Resumiendo, la esfinge de Gizeh es un aprueba de la falta de aptitud del pueblo egipcio para las concepciones abstractas. Parecería que tanto esos monstruos de gigantescos felinos con cabeza de rey así como las enormes pirámides fueran producto, desde luego incoherente, de ciertas ideas naturalistas que los egipcios recibirían por vía atávica de los pueblos neolíticos y que, al encontrarse en la trayectoria de su propia civilización artificiosa, se verían en la imposibilidad de una más elevada fantasía que rebasara ese carácter híbrido de formas plásticas carentes de la base sentimental del arraigo popular. De paso, diremos que se nos figura que la plástica moderna de nuestros días en sus sedicentes abstracciones del llamado surrealismo, incurre en una semejante ficción desprovista de gracia y de la atracción mágica que todo arte debe ejercer sobre el espectador. La tendencia egipcia a los monumentos funerarios induce a creer que proviene la misma, de una continuación de las manifestaciones dolménicas que partieron del Noroeste de Europa y llegaron hasta Egipto y aun continuaron más allá. La construcción megalítica es un brote del pensamiento monumental; pero constituye otra idea, que es la ultraterrena. No es que los pueblos prehistóricos sintieran una reverencial veneración por sus muertos; acaso nos hallemos ante un proceso de temor a los muertos, pues la creencia de que los muertos tienen derechos y exigencias sobre los vivos y de que disponen de medios oscuros pero eficaces para torcer los destinos de los vivos, subsiste aún en nuestro días. El sepelio y el culto a los muertos viene a ser a la postre un piadoso engaño ante el posible retorno a la acción de los que en vida tuvieron contacto con los cultores de semejantes mojigaterías. Todo induce a creer que tantas preocupaciones tomadas con los muertos obedecerían al miedo. Egipto llegó al colmo de la previsión sobre este particular: se inventaron puertas falsas y laberintos, mien-

tras el cadáver era fuertemente envuelto en bandas y colocado en sarcófagos de granito que eran enterrados profundamente en la tierra y sobre ellos se amontonaba la masa de piedra de las mastabas.

Sabemos la influencia que las cumbres elevadas suelen ejercer sobre el espíritu humano imprimiéndole la idea religiosa del más allá. Las montañas nos acercan también al sol. Parecería que los egipcios en sus reminiscencias atávicas de la edad neolítica, sentirían nostálgicamente la necesidad de las montañas, y en la geografía de su inmensa llanura erigieron, con el recurso de su maravillosa técnica, sus asombrosas construcciones que culminaron en la pirámide como elevación en el espacio ya que el suelo les negaba el acceso a las alturas. Y la gruta funeraria en el centro de la base de las pirámide, semejaría a la caverna de los antepasados trogloditas. Todo esto tendrá un valor lógico bajo el punto de vista constructivo o arquitectural; pero es de dudoso alcance espiritual. Mas existieron otros pueblos, inmediatos al egipcio, más propensos a la elevación ideológica que a veces venía a dilatarse en el mito. De la zona mesopotámica y sus inmediaciones había de surgir el alfabeto, pongamos por caso, de la técnica geométrica egipcia y de sus estilizaciones, de suerte que otros pueblos más andariegos y navegantes del mediterráneo fueron los portadores de la protohistoria europea.

La cordillera septentrional africana atraviesa Túnez y Argelia desde el Golfo de Gabes hasta el Cabo Nun, y se denomina Gran Atlas, nombre que pudieron darle los fenicios. Les serviría a éstos el Gran Atlas como punto visual de referencia en sus recaladas marítimas al extremo occidental mediterráneo. La figura de Atlas, que conocemos desde niños, sosteniendo el mundo sobre sus hombros, pudiera hallar una explicación en esa visión hiperbólica de la gran masa montañosa alzada sobre el mar y que en lontananza en horas de navegación se presentaría a los marinos como el Titán que sostiene la bóveda celeste. Pero, ¿de dónde proviene el nombre Atlántida? Siendo los fenicios, al decir de los atlantólogos, una colonia de los dispersos atlantes, recordarían acaso su origen, bautizando de tal suerte a la cordillera africana al poner sobre ella sus miradas nostálgicas en dirección a la feliz patria perdida en el océano. Los atlantes, que supuestamente arribaron a las playas de América, al topar con la larga cordillera sudamericana, le llamaron Anti, según nos lo transmite el quichua actual o keshua, que en dicho idioma quiere decir "país de los altos valles" y cuyos habitantes son los "antis". Nos referimos, desde luego, a los Andes. En antiguo egipcio "anti" significa "valle de gran altitud". Es más: en lengua berebere "alt" significa "agua" y tiene el mismo sentido en la lengua de los indios quiché de América central. No pasan estas consideraciones de ser conjeturas lingüísticas de muy dudoso valor para la investigación del mito platónico; pero los atlantólogos buscan de tal manera elementos fonéticos coincidentes, que proclaman a viva voz su espejismo del agua y las montañas. Es corrientísimo hallar coincidencias semejantes entre idiomas de las más apartadas latitudes de la tierra.

Por otro lado, las analogías aparentes del arte mejicano de los toltecas, mayas y aztecas con sus pirámides escalonadas, hacen pensar en Egipto y Babilonia. He ahí la gran pirámide de Teotihuacan y los restos de la cultura de Tiaguanaco de Bolivia que dan pábulo a las teorías en pro de la cultura americano-atlántica y su vinculación con la egipcia. En América del Sur, en los dominios de los guaraníes, en el alto Paraná y en zonas amazónicas se han encontrado ideogramas que los atlantólogos pretenden relacionarlas con los jeroglíficos egipcios. Hasta se quieren establecer analogías entre las antigüedades etruscas y ciertos objetos pertenecientes a la América precolombina. Por desgracia, los primeros conquistadores españoles vinieron a entorpecer el camino para el estudio de las supuestas analogías egipcio-atlante-americanas por su vandálica y fanática destrucción de cuantos signos, códices y representaciones plásticas encontraran a su paso. Sin embargo, es de esperar que la labor de los arqueólogos americanos dé luz sobre el particular en el futuro. La ciudad de Teotihuacan, cuna de los toltecas, fue construida con verdadera preocupación urbanística de orientación simétrica, propia del establecimiento de colonias y similar al estilo que, en líneas anteriores, atribuimos a Egipto.

Se ha adjudicado a distintos pueblos de Europa y de su cercano Oriente la paternidad del poblamiento de América por el Este y a los pueblos del extremo Oriente por el Norte. Se han establecido semejanzas entre judíos e indios tupíes. Los navegantes tirios, fenicios y carios, según las variadísimas hipótesis, acudirían a las playas americanas, principalmente a las Antillas, América del Sur y Centro en busca de riquezas naturales. Por otro lado, los mongoles fundarían el Imperio del Perú. Se han intentado justificar las distintas tesis de estas corrientes inmigratorias del Nuevo Mundo esgrimiendo toda clase de comparaciones etimológicas, como apuntamos antes, entre las cuales aparece el vasco entre otros idiomas como el japonés, chino, finés, sumerio, copto, polinesio, etc... Contrariamente a la maraña de suposiciones y fantasías relacionadas con los orígenes de los pueblos americanos, el paleontólogo argentino F. Ameghino sostuvo la concepción monogenista de la humanidad, cuya cuna fue, según él, la Pampa Argentina. Mas, no hay ninguna razón que niegue la tesis contraria, o sea la poligenésica de manera simultánea o sucesivamente en Africa, Europa, Asia y América, aunque se generaliza la idea de que el suelo americano no ofrece indicios de hombre-fósil.

Por otro lado, la geología nos enseña que el océano Atlántico es de origen terciario, y que por lo tanto el continente americano en la época en que apareció el hombre tenía su configuración actual. El geofísico alemán Wegner ha notado que existe entre los continentes separados hoy día por los océanos, una tal correspondencia de las formas de sus costas que, si se acercan imaginariamente sus orillas, se percibe cómo encajan los contornos opuestos con bastante exactitud. Las siluetas costeras de los continentes, pues, se casan como las piezas de un rompecabezas. Particularmente es notable este encaje de las costas atlánticas. Los contornos de los litorales de Africa y América del Sur y por otro lado de Europa del Norte hacen unión bastante perfecta. Se admite que en un principio los continentes constituían una sola masa coalescente, y que posteriormente las grietas que se formaron durante el curso de las edades geológicas, aislaron masas de litosfera que fueron alejándose unas de otras flotando sobre masas semifluidas. Así se explicarían las similitudes de terrenos, de flora y fauna que se observan entre continentes actualmente separados. En la época en que el hombre apareció sobre la corteza terrestre, pues, todo induce a creer que la coalescencia de los continentes se hallaba destruida y que éstos habían tomado sensiblemente su lugar y forma actuales.

Una parte del poblamiento de América se haría por Alaska e islas adyacentes. Los instrumentos líticos y de huesos hallados en el Norte del continente revelan una cultura tipo neolítico. Los descubrimientos de Miramar a unos 450 kilómetros al sur de Buenos Aires, en terreno chapadmalense, y que F. Ameghino los considera del mioceno, son todos instrumentos parecidos a otros de igual tipo que se encuentran por doquier en la superficie de las capas superiores patagó-

nicas. Dice Paul Rivet en los *Orígenes del Hombre Americano*, edición mejicana de 1943, lo siguiente:

> "El hombre americano, que, desde la época terciaria, hubiera sabido no sólo tallar la piedra, sino también pulimentarla, descubrimiento éste que el hombre del Antiguo Mundo no realizó sino en tiempos avanzados, habría vivido posteriormente, desde el mioceno hasta la conquista española, sin modificar en nada sus costumbres, ni perfeccionar sus técnicas. La precocidad de su genio sorprende tanto como su rápida esterilización inventiva".

De donde se deduce la siguiente conclusión: que el hombre de América del Sur, como el del antiguo continente, tuvo una industria paleolítica antes de utilizar los utensilios de piedra pulimentada, mas sin que ello indique que dicha industria posea una antigüedad comparable a la industria similar correspondiente a Europa. Hay que estar en guardia contra la tendencia a clasificar los utensilios por su factura o tipografía. Sólo las condiciones geológicas y paleontológicas del hallazgo permiten atribuirle la antigüedad.

La expansión de los australianos es otro movimiento que se va esclareciendo con relación al poblamiento de América. Así como en la corriente de pueblos árticos, bordeando el océano glacial, acabaron los esquimales por establecerse en la parte septentrional de América, de igual manera los australianos buscarían su expansión bordeando el Antártico en épocas en que el clima de esa región hubo de ser más benigno y acaso estuviera la superficie menos sumergida. Pudiera ser que el Sur de Asia fuera el centro de dispersión de los australianos: Java, Indochina, Birmania y la India, donde los Munda son en la actualidad sus representantes más puros. Paul Rivet señala a este pueblo con singular interés como población preindoeuropea y cuya lengua presenta afinidades con las lenguas oceánicas y también con las uralianas. Los hallazgos de la región de Chou-kou-tien, cerca de Pekín (1933) en capas del cuaternario superior, denotan parentescos con la raza Cro-Magnon y presentan analogías con los cráneos melanésicos actuales como también con los esquimales de nuestros días. Las concordancas de muchos vocablos australianos con los del grupo lingüístico denominado "Con", de los indios patagones o los onas fueginos, es sorprendente. Finalmente, la familia lingüística Hoka comprende a gran número de tribus norteamericanas a lo largo de la costa pacífica, y se ha comprobado la semejanza de muchas de sus palabras con las lenguas oceánicas, principalmente de la melanésica. Los vocabularios citados de patagones, australianos, hokas y melanesios no ofrecen semejanza alguna con el euskera. Tampoco hemos observado relación al repasar la gramática quichua comparándola con nuestro idioma. Nuestro origen atlante es tan dudoso como el de los pueblos americanos.

Quién sabe si en lugar de las hipotéticas islas de la Atlántida y la Lemuria, fue Australia la isla del edén perdido. Sólo el estudio minucioso de las vicisitudes migratorias de los pueblos primitivos puede acercarnos al esclarecimiento de las sugestivas toponimias, de las curiosas semejanzas morfológicas entre las antípodas y de la relación gramatical y lexicográfica de sus idiomas, que los antiguos pensadores y poetas se explicaban situando sus orígenes paradisíacamente en la florida Hespérides bajo la égida del dios Poseidón como en un dulce sueño de verano.

7 septiembre 1948